

LA FLOR
MARY KARR

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

Periférica & Errata naturae

PRÓLOGO
CALIFORNIA, 1972

El proceso del tiempo es una trama de efectos y de causas, de suerte que pedir cualquier merced, por ínfima que sea, es pedir que se rompa un eslabón de esa trama de hierro, es pedir que ya se haya roto. Nadie merece tal milagro.

JORGE LUIS BORGES, «UNA ORACIÓN»

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2020

TÍTULO ORIGINAL: *Cherry*

© Mary Karr, 2000

This edition published by arrangement with Viking, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC.

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2020

© de esta edición: Errata naturae editores y Editorial Periférica

info@editorialperiferica.com

info@erratanaturae.com

ISBN (Errata naturae): 978-84-17800-66-6

ISBN (Periférica): 978-84-18264-70-2

DEPÓSITO LEGAL: M-24907-2020

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Annabel*, 2015, © Miranda Lehman

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Ningún camino brinda tantos misterios como ese primero que remontas desde el lugar donde naciste, la primera vez que lo remontas por voluntad propia, en un viaje financiado con los dólares arrugados que contiene tu lata de café —billetes que has ahorrado y gorroneado, por los que has trabajado en el turno de noche de la centralita, por los que te has perdido a los Rolling Stones, por los que has vendido hierba fragante con cogollos rotos y amarrados dentro de bolsitas de plástico cerradas con un nudo—. A decir verdad, con tal de desembarcar de tus orígenes, has hecho de todo para juntar dinero, salvo vender tu coño joven y fresco.

Es mejor lanzarse a la aventura con amigos igualmente jóvenes, porque juntos empalmaréis varios días de viaje desvelado y con infrecuentes paradas para mear, atravesando un desierto descomunal y achicharrado gracias a un insomnio colectivo y alucinógeno que transforma los cactus gigantes, por turnos, primero en un místico que empuña

una guitarra, luego en un autoestopista fantasmal y por último en un matador salpicado de lentejuelas recibiendo al toro con una verónica sobre el albero. Dejaréis atrás los monstruos metafóricos gracias al fuego y el prodigio de vuestro anhelo colectivo por el lugar que habéis escogido, el punto negro en el mapa al que os propulsarán vuestros cuerpos de musculatura juvenil. En este caso, Los Ángeles.

Los Ángeles. Tú nunca has estado, nunca has estado en ninguna de las ciudades que los presentadores del telediarrio nombran en televisión. Aun así, durante los tres meses desde que decides viajar a California te gusta tumbarte en el suelo desnudo, al que tu madre te dejó arrancar la moqueta y luego barnizar de negro, a pronunciar el nombre de la ciudad una y otra vez, como una letanía. Los Ángeles, Los Ángeles. Como no sabes casi nada de ese lugar, mientras esperas que lleguen tus amigos y te recojan en una furgoneta azul miras fijamente el punto que encarna en el mapa, como si escudriñándolo con suficiente ahínco la pequeña semilla oscura de tu porvenir fuera a abrirse y revelarte el yo que te dispones a ser.

Por supuesto, sabes que eso no va a pasar. No eres tonta. Sólo estás en la mierda de jardín de tu casa, en el umbral de lo que será una mañana de calor vaporoso, esperando que la furgoneta azul con bomba de gasolina dudosa y frenos desgastados te saque de ahí de una puta vez. Oteas la carretera. Nada: un cielo rosado, la misma curva de asfalto distorsionado que desemboca en la señal de stop. El mapa rectangular que compraste en la gasolinera Fina se despliega ahora en tus manos bajo la leve brisa.

Cuántas cosas vienen de California, y ahora tú te encaminas hacia allí, hacia el origen de las cosas. El LSD que llamas «sol naranja» parece una aspirina infantil y procede (nominalmente, si no *de facto*) del condado de Orange, en California. Uno más de los tótems del Estado Dorado que te hacen suspirar.

Si pudierais elegir, os dirigiríais al norte, a San Francisco, más concretamente. Allí es donde se encuentra el barrio de Haight-Ashbury (tu derecha hermana lo apoda The Hate, «el odio»). En la tele, en la *Rolling Stone* y en libros como *Ponche de ácido lisérgico* cuentan que está a tope de melenudos rubios de aspecto anoréxico. Estos chavales no son como los chavales engullidores de carne, destripadores de coches, espectadores de fútbol americano y liquidadores de ardillas cuyos escupitajos te criaste esquivando. Los chavales de la Costa Oeste se alimentan de arroz integral y sopas claras en cuencos de cerámica donde flotan sencillos ideogramas de algas. A diferencia de los chicos de tu pueblo, quienes (en su mayoría) no leen nada aparte de los resultados de las quinielas, o (al menos en el caso de los surfistas) las gráficas de mareas de los periódicos para salir justo antes de que lleguen las mejores olas, los de California duermen en cuartos forrados de libros. Conocen sus ascendientes astrológicos y los nombres de las constelaciones y saben tejer unos cordeles viejos para transformarlos en cinturones de macramé con cuentas y venderlos a la salida de los conciertos de rock a cambio de unos dólares.

Estos chavales ocupan cada vez más tus pensamientos conscientes. Tumbada en tu cama nido de Sears con

la manta mexicana que compraste a muy buen precio durante una expedición surfera, imaginas sus alargados troncos y sus descamisados torsos por encima de los Levis de tiro bajo.

San Francisco cuenta con más mitos que hacen de la ciudad un destino recomendable, más atractivos aparte de los tíos engalanados con cuentas. Los únicos dos libros escritos por poetas vivos que posees proceden de la librería City Lights de San Francisco: un libelillo enano de Allen Ginsberg y su texto compañero, de Lawrence Ferlinghetti. Ambos entran a la perfección en la caja de cartón que te llevas a Los Ángeles.

Entretanto, esperas reunir valor. Esperas reunir valor suficiente para entrar y despedirte de tu padre, que ha decidido asumir tu viaje definitivo como ha asumido los viajes ocasionales de los últimos tres años. Ignorándolo. No hay nada lo bastante tremendo para que papá no pueda dejarlo pasar con una mirada estoica. Antes de enfrentarte a esa mirada y apartarte de ella, de suerte que su peso recaiga sobre tus hombros durante todos los días que vivirás lejos de esta casa, intentas poner en marcha tu máquina de la esperanza.

El mapa suele cumplir esa función, mirarlo fijamente. Arrastras la maltrecha uña del pulgar a través del estado de Texas (de oreja a oreja, como dice tu padre) y el desierto amarillo e inmenso que cruzarás para desembocar en una extensión de oleaje azul real. El Océano Específico lo llamas tú, pues has aprendido que suele haber una verdad sesgada en las palabras que difuminas.

Al cabo, sientas tu huesudo culo en el porche de hormigón, donde la densa humedad del relente se cuele por la tela de tus bermudas vaqueras. Dedicas varios minutos a intentar doblar el mapa tal como lo encontraste en su jaula de alambre de la gasolinera Fina. Pero es un pájaro mecánico desmontado en tus manos, sin anilla B o ranura C que dé sentido al todo. Te propones escribir un poema sobre eso también, pero siempre sale todo mal en la cinta de teletipo que chasquea dentro de tu cabeza. Te aterrera despedirte de tu padre, que, en realidad, ha ignorado tan bien tu inminente viaje que hasta tu cuarto vacío y los platos que envolviste en anuncios por palabras de la *Leechfield Gazette* han quedado exentos de comentarios.

Ahí está papá, sentado con la espalda muy rígida, todo ángulos rectos en la butaca de falsa piel, con los pantalones chinos limpios y los zapatos negros resplandecientes. Las seis de la mañana: vestido y sin un bar al que ir. No está fumando. No fumar es para él una manera de estar de morros. También rechaza la comida cuando se cabrea. Dice: Comed vosotras, yo no tengo hambre. Es su forma de comunicar que nada ni nadie le interesa lo más mínimo.

Cuando te inclinas para darle un abrazo, percibes que huele a café con un chorrillo de whisky. Su presencia despojada en su terca ausencia te hace llorar, y las lágrimas resbalan de tu cara a su espalda caqui, oscureciendo el tejido al entrar en contacto con él. Detrás de él se encuentra la pared llena de libros que hizo arrancar por primera vez el motor de tu deseo y en el transcurso de muchos años de lectura y estudio te ha conducido a esta partida tan mal

considerada. Al lado, hay un cuadro de la costa de High Island que tu madre pintó a principios de los cincuenta, antes de que tú nacieras.

Puede que no sea casualidad que hayas acampado en ese preciso lugar cientos de noches, dentro de un saco de dormir bajo el espigón de Meekham, para estar ahí cuando las olas buenas se rizaran con la marea justo antes del amanecer. Puede que el cuadro de mamá catalizara ese anhelo de mar que las lecturas de *Moby Dick* no hicieron sino acrecentar.

Te pasas el dorso de la mano por los ojos para ver mejor la arrugada majestad del perfil de tu padre recordado contra la pared blanca. Está abismado en el cuadro, igual que el viejo Ahab en busca de la ballena, pero las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo. Y, aunque sabes que es su gesto habitual —nada personal—, la distancia innata que transmite alimenta tu inseguridad. Es lo que te impide mantener largas conversaciones con él, o preguntarle por su paradero, o dar detalles del tuyo. Percibes la inminente distancia real, geográfica, como un gimoteo ansioso en la base de tu cráneo.

¿Por qué lloras, Pokey?, pregunta por fin. (Probablemente había ternura en aquella voz, pero lo primero que percibiste fue fastidio). Se hurga los bolsillos en busca de un pañuelo. Y tú te quedas ahí, con la cara mojada. Al final le dices que lo echarás de menos.

¿Adónde vas?, dice. Plantea la pregunta con ese asombro etéreo que te lleva a preguntarte si el whisky habrá dejado algo sin chamuscar dentro de su cabeza.

Cuando respondes que a California, da un respingo de incredulidad.

Y dice: ¿Con qué permiso? ¿Quién te ha dado permiso para hacer eso? Como si alguien se hubiera interesado por tus idas y venidas en todos estos años. Hace ya mucho que prescindiste de colarte por la ventana de tu cuarto para entrar o salir de casa. Has ido y venido a tu antojo, fines de semana y semanas enteras.

De repente, los hilos que te atan a tu padre son tan frágiles como la seda de una araña. Buscas a tientas algo que recalque tu sincera competencia a la hora de planear el viaje. La ética profesional suele impresionarlo, y a raras trabajarás duro. Le explicas cuánto dinero has ahorrado. Aludes a los dos empleos en los que has pensado, uno serigrafiando camisetas, otro carenando catamaranes. No te pregunta dónde vas a vivir, de modo que no tienes que mentir acerca de los amigos de amigos que vagamente han accedido a dejáros aparcar la furgoneta en la entrada de su casa. Pero mientes de todos modos.

En tu mentira, construyes un surtido de casas adosadas a pie de playa. Hay barcos escorados en la bahía y coches brillantados en aparcamientos numerados. Ni siquiera terminas de creerte que semejante mundo exista fuera de los programas de la tele, pero aun así se lo describes a tu padre. Y, de pronto, decides que ese mundo pertenece al tío de Beth Ann Guidrey. La escoges a ella porque tu padre le tiene especial cariño, pero nunca coincide con sus padres, divorciados, que podrían negar la patraña.

La tele emite una reposición, pero tu padre concentra la mirada más allá del aparato. Anda perdido dentro de su propia cabeza, donde acude a deambular —imaginas— entre hileras solitarias de cacahuetes poco crecidos o sandías gordas aún prendidas de sus matas, un mundo aherrumbrado que dejó de existir en 1920, siendo él un niño en los campos que rodeaban la explotación forestal que intentaba escaquearse de faenar en los surcos lejanos y bajos. Has sido eliminada de su conciencia de un limpio plumazo.

Mantiene los ojos fijos, como si apartando la mirada de ti pudiera, al cabo de un minuto, volver a mirarte y encontrar a la niña de dos coletas que fuiste y a la que aún le prepara su plato de judías carilla y pan de maíz con margarina.

Por fin le dice a la pantalla del televisor: ¿Quieres que te prepare el desayuno?

Todas las mañanas te lo pregunta. Y todas las mañanas le respondes que no tienes hambre.

Desde la encrucijada más alejada, imaginarás que sondeas mejor el interior de su corazón. Tu padre vive con el lastre de una pesadumbre generalizada impregnada en alcohol que no tiene que ver con nadie. Más adelante, te enterarás de que tiene una amante mucho más joven que él, una camarera cuyo marido —nada más descubrir la traición— la matará de un tiro en la cabeza y luego apuntará a su propia sien. Esto provocará que tu padre lllore como un niño, maldiga a cualquiera que intente abrazarlo y se revuelva como si fuera a pegarte, cosa que sabes que jamás haría.

También algún día te percatarás de la imposibilidad del dilema de tu padre con respecto a ti. Sí, al no prohibirte que te vayas, apoya en silencio un plan demente, a saber: te vas de tu casa con poco más de cien dólares en el bolsillo en pos de una región desconocida con una patulea de críos cuyas mayores credenciales son que hasta el momento se las han apañado para evitar —a pesar de los denodados esfuerzos de la poli— pasar periodos importantes en la cárcel. De hecho, a tu hermana mayor, Lecia, le gusta decir: Si la ley no los quiere, ¿por qué iba a quererlos Mary? Sin embargo, si tu padre te hubiera prohibido irte con ellos, lo habrías maldecido. Lo cierto es que, por el motivo que sea, os habéis convertido en extraños el uno para el otro. Él desembarcó en Normandía, conduce una camioneta, alterna en el bar de la Legión americana o en el de los veteranos con otros trabajadores en ropa de faena. Tú abarcas la resbaladiza superficie del surf y la psicodelia. El ambiente entre vosotros se ha enturbiado. Eres un simple espantapájaros en su lente telescópica, y él otro en la tuya.

Quizá sólo cuando tu padre lleve quince años muerto crearás ese anhelo tuyo por él y su negación, puesto que es más fácil encajar la idea de que él te rechazó a ti que viceversa.

Serán mentirosos de mierda, estalla por fin tu padre. Y ves que está concentrado en la tele. Entonces añade: No tienes por qué irte a California. Su razonamiento es tan antiguo que ni siquiera se molesta en repetirlo. Como todos sus consejos, perdura de manera inalterable desde

hace diecisiete años. Los surcos que han practicado en tu joven mente han sonado con demasiada frecuencia. Ahora ya te dejan impasible: Sus padres lo arrendaron a unos aparceros de Kansas para trabajar en el campo siendo él apenas un niño. No quiere que te sientas así de excluida jamás, y como (según él) los únicos motivos legítimos para ir a cualquier parte son o una guerra en la que te obliguen a combatir o un lanzallamas económico en el culo, no tienes por qué marcharte.

Dice: Tú tienes que estar aquí, en el cuarenta y nueve cero uno de Garfield Road. Tanto California, tanto California...

Para él, el asunto está zanjado. El televisor empieza a emitir la musiquilla de *Dialing for Dollars*, un concurso de llamadas que tu padre seguía con auténtico fervor, acallando cualquier conversación y prohibiendo el uso del teléfono, con la esperanza diaria de que el aparato sonara para él. Hace no mucho se dio cuenta de que el maltrecho listín del que los presentadores sacaban los números no era sólo de Leechfield, sino que abarcaba más pueblos, incluso más condados.

Joder, ¡que no es local!, exclamó la primera vez que se fijó en que llamaban a Beaumont.

Lecia andaba arreglándose la melena platino para una cita. La laca con la que se rociaba te escocía en los ojos. Replicó que era local con respecto al área de difusión. Tú sabes de buena tinta que Lecia va contando por ahí que tus padres no son sus padres biológicos porque preferiría ser una huérfana criada entre unos lunáticos parientes

lejanos que compartir —y de qué manera— el mancillado material genético de tu familia.

Las lágrimas te refrescan las mejillas. De nuevo te asombra el ínfimo espacio que ocupas en esta casa. Te giras hacia la pequeña pantalla azul, donde la Reina del Petróleo de este año introduce su manita en el barril de alambre lleno de listines rebanados. Tiene el pelo recogido en un moño alto muy tirante y teñido de negro Elvis, y luce una tiara pequeña por encima del flequillo. El vestido de graduación de organdí emite un frufrú cuando le tiende a Cowboy Dan, el Hombre del Tiempo, el número de hoy.

Es el momento que tu padre aguarda cada día, cuando se produce el diálogo y se desvela exactamente qué localidad ha tocado. Dice: La madre que los parió, eso está donde Cristo perdió la zapatilla. ¡En el condado de Jasper! Irradia una rectitud digna de Abraham frente a los mentirosos de mierda de la tele.

De nuevo te ha despachado.

A decir verdad, tú lo despachaste a él mucho antes, pero durante años serás incapaz de afrontar este hecho. Te zafabas cuando intentaba darte un abrazo. Si te atosigaba para que desayunaras, lo ahuyentabas con un gesto de la mano. No puedes reconocer que fuiste tú quien le dio la espalda. De modo que inviertes el rechazo, esta distancia, tu desdén. Constituyen ahora su actitud hacia ti. En realidad, tu padre es un anciano de sesenta y tantos años cuya desaliñada hija rechaza cada palabra suya y cuya huida parece —no: es— inconcebible.